

Palabras de la Directora Liliana de Torres-Muga, en la presentación del libro “Confesiones”, obra póstuma de la Embajadora Carmela Aguilar Ayanz

27 de marzo de 2015

Muy buenas noches.

Queridas amigas, queridos amigos, familiares de Carmela, colegas en actividad y retiro.

Sean todos ustedes cordialmente bienvenidos a la Academia Diplomática Javier Pérez de Cuéllar, a la Casa Embajador Igor Velázquez Rodríguez.

Como sabemos, nos convoca a esta reunión un motivo muy especial. La presentación del libro “Confesiones”, obra póstuma de Carmela Aguilar Ayanz, que con sumo agrado hoy sale a la luz, con el sello del fondo editorial de nuestra Academia.

Con la sinceridad que siempre la caracterizó, Carmela ha volcado en sus memorias muchos aspectos de su vida. Empieza en su natal Cuzco, donde cursó sus estudios primarios y secundarios, en escuelas regentadas por monjas europeas; y en la Universidad San Antonio de Abad.

Pero la verdadera formación de Carmela estuvo en el hogar, al igual que sus hermanas Gloria, Fanny, Lilia, aquí presentes. Un hogar modelo, liderado por ese gran patriarca que fue su señor padre, el reconocido jurista, académico, literato, escritor, periodista, rector, senador, doctor Rafael Aguilar Páez. Dice Carmela en sus “Confesiones”, que a la abnegación de su padre, se unió la de su madre, “graduada en la universidad de la vida”.

Se halla también con nosotros un sobrino de Carmela, el colega Jaime Casafranca Aguilar. Jaime y sus tías nos facilitaron el manuscrito de “Confesiones”, que Carmela empezó a escribir cuando aún estaba en situación de actividad, tarea que continuó hasta que se lo permitió el sentido de la vista.

Con un estilo ágil, ameno y directo, Carmela Aguilar nos transporta a su niñez y parte de su juventud en el Cuzco. Luego, a su fase en la Universidad de San Marcos, donde su tesis de abogada versó sobre aportaciones incas y pre-incas al derecho internacional. El jurado calificador lo presidió nada menos que don Jorge Basadre. A la sazón, fines de la década de 1949, comienzos de la siguiente, Carmela ya había ingresado a la Cancillería, como empleada administrativa.

Desde jovencita yo había tenido la suerte de conocer y tratar a Carmela, pues ella era muy amiga de mi mamá. Además de abogadas, ambas eran doctoras en letras, educación y pertenecían a varias instituciones, entre ellas el Consejo Nacional de Mujeres y la Unión de Mujeres Americanas.

Me impactaba de Carmela su acendrado patriotismo, profundo apego a sus raíces cuzqueñas, orgullo de dominar el quechua y permanente interés en forjar programas humanitarios. Fue una adalid de la inclusión social.

Me enteré que Carmela también había sido decidida “sufragista”, es decir tenaz combatiente para que la mujer peruana lograra la condición de ciudadana y pudiese elegir y ser elegida. Sus esfuerzos no fueron vanos. En los comicios generales de 1956, las mujeres del Perú acudieron por primera vez a las urnas. Nuestra primera senadora fue doña Irene Silva de Santolalla y entre las diputadas recuerdo a doña Matilde Pérez Palacio.

No fue de extrañar, pues, que, dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores, Carmela Aguilar batallara igualmente para que el género femenino estuviese en el escalafón diplomático. Su accionar en tal sentido rebasó los muros de Torre-Tagle. Llegó al mismo palacio presidencial, donde pudo convencer al entonces gobernante, General Manuel A. Odría, para que las pocas mujeres que a la sazón había en Cancillería, y reuniesen los requisitos necesarios, pudiesen ser admitidas en nuestro servicio diplomático, luego de los exámenes de rigor. La Academia Diplomática surgiría cinco años después.

Esos detalles constan en las “Confesiones” de Carmela, lo mismo que sus tribulaciones en Washington y Nueva York, al ser destacada como funcionaria diplomática en nuestras misiones en la OEA y Naciones Unidas, respectivamente, en los primeros años de la década del 50. Digo tribulaciones, en razón de las aprensiones que pudo advertir entre sus compañeros varones, que nunca habían alternado bajo el mismo techo con colegas del sexo opuesto.

Carmela fue la primera mujer en prestar servicios como diplomática en el exterior. Y, veinte años después, sería la primera diplomática peruana en ser promovida a la categoría de Embajador, de Embajadora, muy merecidamente, desde luego.

No vamos a entrar en pormenores sobre el contenido de “Confesiones”, pero sí quisiera rescatar una anécdota. Sirviendo Carmela en nuestra Misión en Naciones Unidas, tuvo ocasión de estar cerca del Presidente Dwight D. Eisenhower. Éste último se interesó en un prendedor incaico con el que Carmela adornaba su vestido. Al decirle que ella era peruana, y que llevaba un prendedor del Cuzco, su tierra natal, el

Presidente replicó alegre y sonrientemente: “Oh, yes!... Pichu-Machu”...

Carmela siempre dejó la impronta peruana, andina, en los lugares donde sirvió. No sólo en Estados Unidos, sino más adelante en Israel, Portugal y la entonces Checoeslovaquia.

Sus “Confesiones” constituyen adecuado fresco para apreciar sus labores en esos países. Lo mismo, respecto a sus años finales en Cancillería, a cargo de la Dirección de Soberanía Territorial y como Presidenta del Consejo Nacional de Fronteras.

Esos últimos cargos fueron ejercidos tanto desde su cómodo y seguro despacho del Ministerio, como viajando por la periferia del Perú en aviones, hidroaviones, helicópteros, omnibuses, jeeps, lanchas, balsas, a caballo y hasta a pie, para compenetrarse con las urgencias de las poblaciones de esos remotos parajes. Fue además constante su preocupación en cuestiones de la mujer y de la niñez.

Al terminar esta breve introducción, deseo manifestar que luego de escuchar palabras de Jaime Casafranca Aguilar, invitamos a los asistentes para que también participen en este merecido homenaje a Carmela Aguilar y nos ofrezcan algunas remembranzas de los momentos que compartieron con ella.

Muchas gracias.